Entrevista a Salman Rushdie

El infierno después de los versos

Era, por supuesto, el día de San Valentín, el cual, me temo, ha cambiado en algo su significado para mí. Fue, tal vez, el San Valentín más extraño que alguien pueda tener. Era cerca del medio día y me encontraba trabajando en el estudio de mi casa, cuando recibí una llamada telefónica de una periodista de la BBC. Recuerdo que me preguntó: "¿Cómo se siente ser sentenciado a muerte por el Ayatola Jomeini?". Era la primera vez que yo escuchaba algo acerca de esto. Después continuó: "¿Podría citar sus palabras en el programa 'Wold at One'?" (que es un programa de radio que se transmite a medio día). No recuerdo qué le respondí, pero traté de darle una respuesta, colgué el teléfono y bajé rápidamente las escaleras para contárselo a Marianne [su mujer, la escritora Marianne Wiggings] y, literalmente, nuestra primera reacción fue cerrar las ventanas y las puertas. Los dos estábamos extremadamente alarmados.

Desde hacía algún tempo, me había comprometido a asistir ese día al programa matutino de la CBS, que se transmitiría en vivo; mandarían un carro a recogerme. Lo último que quería hacer era ir a la televisión, pero sentía que no podía cancelar la cita. Fueron días de una gran inocencia: hasta entonces no estaba acostumbrado a las amenazas de muerte, así que le dije a Marianne que iría a la entrevista. El aspecto positivo de todo esto fue que yo no estaba en casa cuando llegaron los reporteros. A los diez minutos de mi partida había alrededor de 75 cámaras de televisión estacionadas fuera de mi casa haciendo todas esas cosas extraordinarias que las caracterizan, como es afocar el número de la casa para que todo el mundo conociera mi dirección. Mientras tanto, llegué a las oficinas de la CBS, temblando todavía. Supongo que para consolarme, un periodista de la CBS me dijo: "No debe preocuparse por todo esto. Jomeini sentencia a muerte a la gente y nunca sucede nada; sentencia a muerte al presidente norteamericano una vez a la semana". Yo pensé: "Oh, bien, perfecto: Jomeini sólo trata de impresionarme". Y luego tuve que salir al aire. Esa fue la última entrevista que di antes de ésta.

–Salman Rushdie llevaba un año oculto bajo la protección de la división especial de Scotland Yard. La furia inicial que había causado su obra, Los versos satánicos, *había disminuido, pero muchos musulmanes aún consideraban el libro como una blasfemia criminal y la sentencia de muerte dictada por el Ayatola todavía flotaba en el ambiente. La última semana, Rushdie habló por primera vez con Sarah Crichton y Laura Shapiro, reporteras del* Newsweek, *en una entrevista telefónica que duró aproximadamente 90 minutos. El escritor no quiso discutir sobre ningún aspecto referente a su seguridad –telefoneó al* Newsweek *desde un sitio desconocido, a una hora preestablecida–, pero habló sobre su estado mental y sobre su trabajo; se oía relajado y pensativo, discutiendo su predicamento con la flema británica. En declaraciones adjuntas, nos ofreció –también por primera vez– un análisis más amplio en defensa de* Los versos satánicos, *con la esperanza de restaurar, como él mismo dijo al* Newsweek, *"el discurso sereno antes que el diálogo agresivo".*

–Cuando terminó el programa, Marianne llamó al estudio de televisión y me dijo: "No vengas a casa porque todo el mundo y su mamá está estacionado aquí afuera". Por lo tanto, arreglé encontrarme con ella en la oficina de mi agente, adonde me llevaría una maleta con mis cosas. Por supuesto, en el edificio los teléfonos no dejaban de sonar y a todo el mundo le decían que yo no estaba allí. Teníamos que tomar una decisión, porque esa tarde se ofrecía una ceremonia religiosa en homenaje a la muerte de Bruce Chatwin, quien era probablemente mi amigo escritor más cercano. Para mí era muy importante asistir a la ceremonia, pero no podía decidirme. Finalmente, pensé: "Al diablo con eso, vamos a ir". Recuerdo que Martin Amis estaba sentado detrás de mí y que me dio algunos consejos consoladores. Recuerdo también a Paul Theroux, diciéndome con su humor negro: "Supongo que la próxima semana estaremos aquí en tu honor". Esa no fue la broma más simpática que oí y subsecuentemente le escribí una carta diciéndole que estaba contento de que él fuera mejor novelista que profeta.

Un reportero entró corriendo a la iglesia con su grabadora e insistió en entrevistarme. Yo le dije: "Mire, vine aquí porque se ofrece una misa en memoria de mi amigo". El reportero era todo un caballero inglés, de clase alta y pelo cano. Y me respondió: "Usted no entiende, usted no puede hablarme así; yo soy del *Daily Telegraph* y he asistido a

Traducción de Claudia Albarrán

una escuela privada". Esa fue, probablemente, la cosa más simpática que me sucedió. Para entonces, todos se habían enterado de que yo estaba en la iglesia y la gente que había esperado fuera de mi casa se había transladado allí. Yo no había pensado en eso, así es que ni siquiera tenía un carro disponible en ese momento. Pero afortunadamente, un amigo mío estaba allí con su limousine de la BBC; nos empujo a mí y a Marianne en el asiento trasero del carro y nos llevó lejos de ahí.

Entonces busqué refugio. Marianne había rentado un pequeño apartamento a unas cuantas cuadras de la casa en la que vivíamos; lo utilizaba como lugar de trabajo y, virtualmente, nadie sabía que ese lugar existía, así que fuimos ahí. De pronto nos encontramos sentados en un hoyo, bastante preocupados y sin saber qué iba a pasar. La policía local vigilaba el lugar, pero esa era una medida a corto plazo. Yo no tenía idea de cuál podía ser la estrategia a seguir a largo plazo. Al día siguiente surgió una discusión acerca de esto en Dios sabe qué altos círculos y la tarde del día siguiente me ofrecieron la protección de la división especial de Scotland Yard. Hemos seguido este método desde entonces.

–Algunos días después de que el Ayatola dictó su sentencia de muerte, Rushdie trató de restarle importancia a la situación emitiendo unas declaraciones –"Siempre me he resistido a llamar a esto una disculpa", dijo al Newsweek*–, en donde manifestaba su pena por los acontecimientos. Jomeini permaneció inamovible: "Es necesario que todos los musulmanes utilicen su vida y su fortuna para mandar a Rushdie al infierno". Mientras tanto, los iranís le pusieron un precio a la cabeza de Rushdie y la recompensa ascendió rápidamente a 5.2 millones de dólares. En Bombay trece manifestantes fueron asesinados y varias librerías fueron bombardeadas.*

–Los primeros días fueron los más desequilibrados que he tenido en mi vida. Una de mis hermanas recibió una llamada telefónica anónima al día siguiente que esto comenzó, en la que la voz de un hombre preguntó: "¿Está asustado su hermano?". Y ella respondió: "Sí". Inicialmente, y aún ahora, todos pensaron que esto sólo duraría unas cuantas semanas. ¿Cómo podía durar más una cosa como ésta? Pero, poco o poco, comencé a sentir que el daño que se había hecho era tan grande que implicaría un tremendo esfuerzo deshacerlo. Creo que uno de los problemas de soltar tanta cantidad de odio es que es muy difícil volver a guardarlo en la caja. Una vez que has levantado multitudes en tantos países del mundo, que marchan por las calles pidiendo la muerte de alguien, es muy difícil decir: "Bueno, en realidad estábamos mal; no queremos matarlo".

Pasamos mucho tiempo frente a la televisión. Hubo un determinado momento en que conscientemente tuve que arrancarme de la televisión para pensar qué pasaría en el futuro. Después de tres o cuatro semanas, pensé: no voy a desperdiciar el resto de mi vida mirando cómo la gente abusa de mí en la televisión.

El primer día había salido de mi casa con la ropa que llevaba puesta y nada más. Eventualmente, y con la ayuda de la policía, fue posible mandar a alguien a mi casa y conseguí que me trajeran un pequeño número de libros que necesitaba, máquinas de escribir y cosas por el estilo. Muchos escritores tienen objetos sagrados, los cuales conservan a su lado para ayudarse en su trabajo; yo también tenía uno o dos de ellos, así que me los llevaron. Tengo un pequeño bloque de plata hindú, grabado con el mapa del territorio hindú y paquistano antes de que fuera dividido, que me regaló un amigo de mi padre cuando yo tenía apenas un año de edad. Es mi más antigua pertenencia y va conmigo a todas partes. También un amigo me había regalado una pequeña y primitiva pintura haitiana que contiene una sencilla escena rural, que conservaba siempre frente a mí sobre el escritorio; no mide más de un pie de alto por ocho pulgadas de ancho. Así que tenía un par de tótems conmigo.

Sin embargo, durante las primeras semanas, cuando el calor del asunto era tan intenso, me fue prácticamente im-

Salman Rushdie

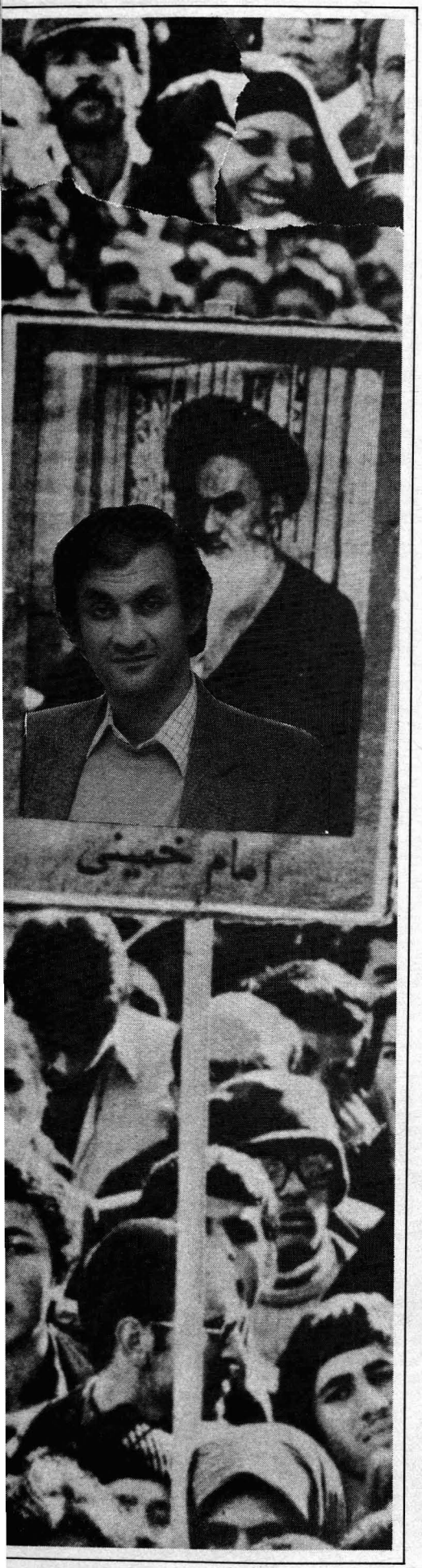
posible pensar acerca de cualquiera de los trabajos que yo realizaba antes de que esto sucediera. En realidad, todo lo que hice durante esas primeras semanas fue tratar de escribir un diario sobre lo que me estaba ocurriendo. Lo que decidí hacer –en parte como una manera de regresar a la escritura y también como una forma de decirle al mundo que no estaba acabado– fue llamar al periódico en el que colaboraba con reseñas de libros y decirles: "me gustaría seguir reseñando libros"; tenía que retomar mi disciplina. Lo que también quería lograr con esto era crear una situación normal para seguir publicando. No quería que la gente pensara: "Oh, tiene que esconderse, así que nunca volverá a publicar nada".

Durante los primeros tres meses, creo que no escribí nada, excepto reseñas de libros y, ocasionalmente, algunos poemas y el diario, lo cual me mantenía ocupado durante el día. Poco a poco, logré hacer lo que de alguna manera tenía que hacer; escribir una fábula para niños. Desde hacia tres años había tenido en mente escribir ese libro. Es una larga, muy larga historia fantástica que supongo que se relaciona con *Las mil y una noches.* Para mí es muy agradable escribir este tipo de historias. Una vez que encuentras el tono de voz y la idea de una fábula, no tienes que escribir de una manera distinta a la real; sólo cuentas la historia y la haces tan interesante como puedes, porque si los niños están aburridos te lo dicen; cierran el libro.

–A sus 42 años, e incluso antes de que el Ayatola hiciera de Los versos satánicos *un* best seller, *Rushdie era uno de los escritores más importantes de su generación. Su libro* Hijos de la media noche *–una deslumbrante fantasía sobre la independencia y la repartición de la India– lo hizo merecedor del prestigiado premio británico Booker Prize en 1981; y* Vergüenza, *su tercera novela, es una rica sátira sobre Pakistán. Incluso, era conocido en el escenario literario londinense con amigos como Harold Pinter, Antonia Fraser y Fay Weldon.*

–Creo que a Marianne le va mejor la soledad que a mí. Yo siempre he necesitado rodearme de otras personas. No recuerdo quién, pero en alguna ocasión alguien dijo que los escritores necesitan vivir en un monasterio durante el día y en un burdel durante la noche. Fue Faulkner, o García Márquez pretendiendo citar a Faulkner. Lo cierto es que generalmente un novelista pasa mucho tiempo solo. Así que, en este sentido, creo que soy afortunado por ser el tipo de escritor que soy. Lo que he hecho la mayor parte de mi vida es sentarme solo en un cuarto, pero el problema es que en estos tiempos no puedo salir de él. Me es increíblemente difícil ver gente. Siempre he creído que el teléfono es un instrumento sumamente difícil de usar. Nunca he sido de esas personas que entablan largas conversaciones telefónicas; prefiero tener una conversación telefónica corta. Sin embargo, desde el año pasado he tenido que aprender a ser amigable en el teléfono. Cuando sólo cuentas con ese medio de comunicación, desarrollas ese don bastante rápido. No podría decir que el teléfono ofrece varias ventajas, pero una de ellas es que puedes elegir con quién conversar. Por supuesto, muchas veces la gente no cree que soy yo quien habla y generalmente necesitan que les dé algún tipo de evidencia para asegurarse de que soy yo quien está al teléfono. ¿Cómo probar que eres tú el que telefonea? Es un verdadero problema.

Lo que en realidad extraño es la vida cotidiana: caminar por las calles, husmear en alguna librería, ir a alguna tienda, meterme al cine. Siempre he sido adicto al cine y desde hace un año no he vuelto a ir. Siempre me ha gustado manejar y ahora, cuando subo a un carro, tengo que sentarme en el asiento trasero. Lo que extraño es esto, estas cosas tan anodinas. Cuando las tienes, piensas que son totalmente insignificantes –como ir a la tienda de la esquina–, pero cuando no puedes hacerlas te das cuanta de que, de hecho, eso es la vida, la verdadera vida, y la mayor pérdida es que te la quiten. No es que mi vida cotidiana sea tan diferente a la vida que acostumbraba tener antes, en tanto que me levanto por la mañana y me siento a trabajar, paso todo el día trabajando, pero ahora veo demasiados videos y mala televisión. Y eso es todo, excepto porque tengo un cierto número de



huéspedes a mi alrededor: hombres armados.

–El verano pasado Wiggings dejó su escondite y regresó a la vida pública. Por razones de seguridad, ella no sabe dónde está Rushdie. Cuando esto sucedió, su partida fue vista como una separación matrimonial. pero en las últimas semanas ella le ha dicho a los reporteros que su matrimonio sobrevive: "Me he vuelto la corresponsal extranjera de Salman; le mando notas".

–Es mucho más fácil estar acompañado. No quiero hablar demasiado sobre Marianne; lo único que quiero decir es que de todas las personas que me han ofrecido su apoyo, nadie me ha dado más que ella. No quiero profundizar en esto, pero debo aclarar que, más que cualquier otro ser humano, Marianne es quien realmente ha aligerado mi situación... y lo sigue haciendo. En cierta forma, es mucho más fácil estar acompañado, pero uno hace lo que tiene que hacer.

–La prensa británica ha reportado haber visto regularmente a Rushdie desde su desaparición. De acuerdo con una nota publicada la primavera pasada, Salman Rushdie asistió a una cena en Oxford, pero la policía lo sacó precipitadamente de ahí porque los musulmanes descubrieron su presencia.

–Una de las cosas que he aprendido sobre la prensa durante este año es que, cuando los periodistas descubren una historia caliente de la que no tienen ninguna información, la inventan. Sin hacer excepciones, puedo decir que todo lo que se ha escrito en la prensa sobre mis visitas a distintos lugares es completamente falso. Nunca he estado en ningún sitio cercano a Oxford y el grupo de Oxford nunca me ha invitado a cenar. Y eso de que fui atacado por los protestantes fundamentalistas es una fantasía de los malos escritores.

Durante años había necesitado que me sacaran la muela inferior del juicio; se me rompió justo en el momento en el que iba a embarcarme en una gira promocional por América. Así es que le dije a mi dentista: "Mire, es una gira promocional y no quiero tener la cara hinchada". Él me respondió: "Vaya a su gira y, cuando regrese, la sacaremos"; pero en lugar de ir a la gira, tuve que someterme a la extracción de la muela. De pronto me encontré frente a esta situación sin saber cómo demonios me iban a sacar la pieza. Una de las cosas más impresionantes que la policía tuvo que resolver en el último año, fue llevarme a un hospital. Yo estaba asustado, ahí me anestesiaron, me extrajeron la muela y, después de que me recuperé de la anestesia, salí del hospital sin que nadie lo supiera. Eso hacía cuando todos suponían que yo estaba cenando elegantemente en Oxford.

–Durante toda esta crisis, Rushdie ha recibido apoyo popular. Pero, al mismo tiempo, personas importantes se han declarado a favor de los musulmanes y –aunque no han acudido a la violencia– se han sentido profundamente ofendidas por Los versos satánicos. *Varias personalidades religiosas –incluyendo al Cardenal de Nueva York, John O'Connor, y al jefe de los rabinos británicos, Sr. Immanuel Jakovits rechazaron lo que ellos interpretaron como un insulto al Islam. Incluso el expresidente Jimmy Carter expresó sentimientos similares.*

–Han aparecido una o dos críticas que me han sorprendido. El hecho de que, de todos los expresidentes norteamericanos, Jimmy Carter diga que él entiende cómo se sienten los iranís acerca de esto, después de haber tenido –como todos sabemos– una relación tan "íntima" y "exitosa" con ellos, me resultó casi cómico.

La mayor parte del año la he pasado preguntándome si estoy equivocado, lo cual, supongo, no le ha sucedido a la gente que no está de acuerdo conmigo. He pensado y repensado acerca de esto, y la mayor parte de mi tiempo me he dedicado a releer este libro, cosa que no he hecho con ninguna de mis obras. Generalmente no soporto leer mis libros después de haberlos terminado, pero en este caso me he sentido obligado a aprendérmelo casi de memoria. Estoy contento de seguirme reconociendo en él. Si yo hubiera pensando que la novela

que escribí ofendería tanto a la gente, me sentiría distinto respecto a todo; acerca de lo que debería hacerse en el futuro, acerca de mantener mi actual posición; en fin, acerca de todo. Lo cierto es que no puedo creer que lo que yo escribí merezca el trato que ha recibido.

–En circunstancias normales, Viking Penguin, el editor que publicó el libro de Rushdie, hubiera lanzado el invierno pasado una edición de bolsillo de Los versos satánicos, *pero la editorial –que ha recibido numerosas amenazas y actualmente gasta más de tres millones de dólares al año en seguridad– se niega a pronunciarse sobre una edición de bolsillo.*

El pasado octubre, la controvertida publicación Publishers Weekly *(el diario de la industria de las publicaciones), solicitó a Viking Penguin que se olvidara de la edición de bolsillo, argumentando que se había violado el principio de libre expresión y que una nueva edición de* Los versos satánicos *sólo generaría más violencia de parte de los extremistas y mostraría una falta de sensibilidad hacia los musulmanes moderados. El novelista* best seller *John le Carré también se declaró en contra de la publicación de bolsillo y criticó a Rushdie por su afán de poner en peligro a los vendedores de libros y a los empleados de las editoriales. Otros miembros de la comunidad literaria, entre quienes se incluyen los propietarios de las librerías, apoyan fuertemente la edición de bolsillo. En respuesta al* Publishers Weekly *Michael A. Bamberger escribió en el* Media Coalition *"Establecer diferencias entre* Los versos satánicos *y otros libros es un acto apaciguador que atenta contra la libertad de expresión". Recientemente, la prensa británica ha reportado que existe un total desacuerdo entre Rushdie y su editor sobre este tema.*

–Ha habido una infinidad de rumores maliciosos sobre la relación entre Penguin y yo. Me afecta que la gente haga parecer que nuestra relación es mala cuando no lo es. Las personas siempre inventan historias extraordinarias. Yo creo que Penguin debió reeditar *Los versos satánicos* un año después de haber publicado la edición de lujo, pero decidió no hacerlo. El hecho de que tenga-

mos este tipo de desacuerdos no significa que no nos entendamos; yo sigo confiando en él como editor.

Por varias razones siempre he creído que debe publicarse una edición de bolsillo y la razón comercial es la menos importante. Por otro lado, yo vivo de mi escritura y no veo por qué tendría que sentirme culpable de ganar dinero con ella. Las otras razones son las siguientes: cualquier escritor diría que la edición de bolsillo es la verdadera publicación. Si tú quieres mantener tu libro en circulación por cierto tiempo no es posible hacerlo con una edición de lujo. En este momento *Los versos satánicos* sigue siendo un libro interesante; tiene buena distribución y se vende bien en librerías. Dentro de dos o cinco años no sucederá lo mismo. Si no aparece una edición de bolsillo, el libro dejará de circular.

Creo que es muy importante que alguien estudie el libro, no por razones de vanidad, sino porque una obra que ha sido el centro de todos estos eventos necesita de un estudio cuidadoso. Los lectores universitarios han señalado que para que un libro sea estudiado debe haber una edición de bolsillo.

Además, hay razones de principios: si no se cierra el ciclo de publicación, entonces, en cierto sentido, habremos sido derrotados por la campaña que se ha hecho en contra del libro. Ésta es una obra inocente, erróneamente acusada y perseguida. No me parece que el libro tenga que desaparecer del escenario para terminar con los problemas. De *Los versos satánicos* no debe quedar solamente el recuerdo de haber sido el libro que alcanzó el punto más alto del escándalo durante pocos años. Dentro de cierto tiempo, la gente deseará –gracias a la fría luz que otorga la distancia temporal– revalorar lo que el libro es o no es; esto no será posible si no se publica una edición barata.

Como usted sabe, no soy idiota y conozco el peligro que todo esto puede traer; conozco el riesgo que corren las librerías y los editores, pero no estoy presionando a nadie. Quienes lo hacen son los que llevan a cabo la campaña de terror. Creo que el interés que ha despertado en la gente el comentario de Le Carré es desproporcionado, porque por cada Le Carré hay cien personas que piensan que lo que él dijo es despreciable. Yo espero que los comentarios de Le Carré acerca de mi libro no estén determinados por la reseña que escribí en la cual criticaba su novela; estoy seguro de que él no se presta a esas cosas.

–Como por el momento no hay ninguna solución a este exilio, la gente ha pensado que Rushdie cambiará su apariencia, que se mudará a un país distante o que tomará una identidad totalmente nueva.

–No. ¿Cómo podría funcionar eso? Significaría que yo tendría que dejar de ser escritor, dejar de ser todo lo que soy. No, eso no es vivir; mi vida actual es más vida que eso. Simplemente, yo no acepto que esto pueda continuar durante el resto de mi vida. Necesito conservar mi optimismo y creer que las soluciones son posibles. Pero una de las cosas que he sacado en claro de todo esto es que no hay nada semejante a ser tan famoso. ◊

© *Newsweek*